

Publicado en junio 24, 2019
Actualizado en diciembre 6, 2019

Carta Abierta a los Venezolanos

Experiencia de una venezolana durante los días que enmarcaron el fiasco de la ayuda humanitaria.

por Maritza Agena



DÍAS ANTES

El 24 de enero de 2019, el presidente (e) Juan Guaidó solicitó formalmente al señor Mike Pompeo, Secretario de Estado de los Estados Unidos de América, el envío urgente de ayuda humanitaria. El presidente (e) Juan Guaidó pidió comida, medicinas e insumos médicos. Hasta sugirió que E.E.U.U. enviara a Venezuela, un buque-hospital que facilitase medidas de atención a la complicada crisis humanitaria en el país. El 2 de febrero, el presidente interino anunciaba que habría tres centros de acopio: Cúcuta-Colombia, Brasil y una isla en el Caribe. A mediados de febrero, el presidente Piñera confirmó que enviaría entre 7 y 8 toneladas de comida y medicinas a Cúcuta. El 22 de febrero salieron de Brasilia hacia la frontera con Venezuela, 23 toneladas de leche en polvo y 500 kits de medicinas donados por el gobierno de Brasil.

Voluntad Popular @VoluntadPopular - Feb 22, 2019

La #AyudaHumanitaria entrará al país Sí o Sí y llegará a las manos de quienes la necesitan. Soldado, a ti te quieren mandar a una guerra imaginaria, nosotros queremos salvar vidas. La decisión es fácil y clara, ¡ponite del lado de Venezuela! #23F Ayuda y Libertad

#AvalanchaHumanitaria
Todos los estados a los cuarteles

- Asiste al punto de tu estado vestido de blanco
- Lleva tu mensaje a la FANB
- Nos dirigiremos en absoluta disciplina hacia los cuarteles indicados
- Haremos el juramento a la bandera de Venezuela
- NO caigamos en provocaciones o agresiones, nuestro objetivo es sumarlos

Estar atentos a las **INDICACIONES** de Guaidó

Juan Guaidó prometió a los venezolanos y a líderes y representantes de países aliados, que las toneladas de ayuda humanitaria recaudadas, entrarían a Venezuela, ¡Sí o Sí! El 22F, Noticias BBC, reportaba que Lester Toledo, vocero internacional del presidente (e) Juan Guaidó, había garantizado que "una marejada de venezolanos" permitiría la entrada de la ayuda humanitaria a Venezuela.

A pesar de la gran seguridad con la que hablaba el presidente (e) Juan Guaidó y su equipo de trabajo, había mucha incertidumbre y escepticismo. Algunos desconfiaban de la viabilidad de la "estrategia" y muchos veían la jugada como una maniobra política. Expertos en materia humanitaria señalaban que el llamado del presidente (e) Juan Guaidó, violaba dos de los principios fundamentales por los que debe regirse cualquier acción humanitaria: la neutralidad y la imparcialidad. El principio de neutralidad especifica que los actores humanitarios "no deben tomar partido en las hostilidades y en las controversias de orden político, racial, religioso o ideológico". El presidente (e) Juan Guaidó, hizo el llamado a los miembros de las fuerzas de seguridad del Estado para que tomaran partido, lo que también sugiere una violación al principio de imparcialidad que sostiene que la acción humanitaria debe ser "autónoma de los objetivos políticos, de cualquier agente humanitario".

Lo cierto es que el pueblo necesitado, respondió y se movilizó. Los venezolanos confiaron en sus líderes, una vez más.

El 22 de febrero, llegué a Cúcuta, después de un viaje de dos días desde Estados Unidos, donde resido. En el avión de Avianca, viajaban también algunos eurodiputados, entre los que se encontraba Esteban González Pons. La emoción nos embargaba a todos. Al llegar a Cúcuta, decidí trasladarme hasta las inmediaciones de Tienditas, para confirmar el punto de reunión de los voluntarios, la mañana siguiente. La primera sorpresa desagradable me la llevé al ver el terreno vacío, cubierto con piedras y estiércol, que habían habilitado los diputados venezolanos para que allí pasaran la noche nuestros compatriotas. El pueblo dormiría a la intemperie, sin baños, sin agua; mientras los diputados descansarían en aposentos mucho más confortables.

EI DIA

El 23 de febrero, los voluntarios llevamos sol como tejas por varias horas en la entrada de Tienditas. Allí estábamos reunidos los ciudadanos, con rosas blancas que nos entregaron en la entrada, decididos a hacerle frente a lo que fuese. Conscientes del peligro, pero fortalecidos por nuestro patriotismo. Había mujeres embarazadas, bebés, niños y personas de edad avanzada. La improvisación estuvo a la orden del día. Se nos hizo esperar por horas, mientras el presidente (e) Juan Guaidó comenzaba el show mediático del día y se tomaban las fotos de rigor para el recuerdo: el Presidente (e) Juan Guaidó como conductor de una de las gandolas, también guindado en la puerta de una de ellas, como para que el mundo entero pensara que el líder venezolano estaría metido en la candela. Después de 3 horas bajo el sol inclemente, aparecieron las gandolas cargadas. Se nos ordenó montarnos en dichos camiones, sobre las cajas con la ayuda humanitaria.

Un convoy de gandalas salió con destino al Puente Internacional Simón Bolívar y el otro camino al Puente Internacional Francisco de Paula Santander. Un grupo nutrido de voluntarios se quedó en Tienditas esperando en vano, porque no salieron más gandalas y no había forma de cruzar el puente internacional. Yo iba en la 4ta. gandola del convoy que liderizó Gaby Arellano, el que llegó a la frontera con Ureña. En mi gandola iban dos mujeres embarazadas, varios niños y personas de la tercera edad. Un niño de dos añitos fue herido con un perdigón en su bracito. Quizás ustedes, al igual que yo, se pregunten, ¿Por qué se les autorizó a personas vulnerables la entrada a Tienditas? Pues bien, porque no hubo planificación o porque un niño asesinado por el régimen hubiese sido un muerto que se hubiese podido explotar muy bien en los medios de comunicación.



Los diputados venezolanos brillaron ante las cámaras en Cúcuta el 23 de febrero. Posaron como el pavo real: esponjados, henchidos de orgullo. Yo no entendía nada. Después de semejante fracaso, yo en su lugar, hubiese querido que me tragara la tierra. La ayuda humanitaria, que según el presidente (e) Juan Guaidó y su gente “pasaba Sí o Sí”, no pasó! Miles de Venezolanos quedamos atrapados en territorio colombiano. La gran mayoría sin 1 peso en el bolsillo y sólo con lo que llevaba puesto. ¿Qué celebraban los políticos venezolanos?

La última vez que yo vi a la diputada Gaby Arellano en el Escobal, fue el 23 de febrero a las 5:30 p.m. cuando dió su resumen del día ante las cámaras de medios internacionales. Arellano dijo que estaba esperando instrucciones del presidente (e) Juan Guaidó. Las instrucciones nunca llegaron y a Arellano no volvimos a verla. El supuesto plan "A" fue un fraude y no había plan "B", ni "C". La oposición no estaba preparada para asistir al voluntariado en la eventualidad del cierre de la frontera. No estaban preparados porque los políticos venezolanos están acostumbrados a utilizar a los ciudadanos, el pueblo no les importa. Lo único que importaba era el “show” mediático, por eso celebraban el 23 de febrero.

Al caer la noche del 23 de febrero, miles de venezolanos caminaban sin rumbo por las calles del Escobal. Sentí una indignación inmensa. Tomé la iniciativa de quedarme, porque soy una venezolana que se involucra y lucha. Yo no iba a abandonar a mi gente. Comencé a escribir a personas en Washington y en Caracas. Denuncié la falta de estrategia de la oposición y la ausencia total de liderazgo político después del fracaso de la entrada de la ayuda humanitaria.

Periodistas y amigos me ayudaron a contactar a varios políticos venezolanos, para tratar de influenciar y que se tomaran acciones correctivas rápidamente. Mi misión era lograr conseguir asistencia para los venezolanos que habían quedado atrapados en Colombia. Quise hacerlo de tal forma que se evitara o minimizara el costo político para la oposición. También me preocupaba enormemente, la percepción de las autoridades colombianas y otros líderes de países aliados, al ver la desorganización y gran falta de planificación de los políticos opositores.



Los residentes del pueblo el Escobal mostraron su solidaridad, alimentando a los venezolanos. Un par de empresarios enviaron donaciones de alimentos.



Amigos en Estados Unidos y en Italia me enviaron donaciones para colchonetas y algo de ropa. Era muy peligroso y costoso cruzar por las trochas esos días. Los venezolanos

durmieron a la intemperie por días: en la calle, en redomas y parques, ante la mirada atónita de los colombianos.



Dos gandolas ardieron en llamas en la frontera con Ureña, y con ellas la carga de ayuda humanitaria, otro evento que se podía explotar muy bien en los medios de comunicación. Con lo que no contaba la oposición venezolana, era que el New York Times haría un reportaje donde se ve claramente, que el incendio pudo haber sido provocado (accidentalmente) por una bomba molotov lanzada por uno de los manifestantes. Aún así, con esa evidencia, el presidente (e) Juan Guaidó y su gente decidieron no rectificar, y se continuó vociferando que el régimen había incendiado parte de la ayuda humanitaria.

DIAS POSTERIORES

El 24 de febrero, el presidente de Colombia, Iván Duque, visitó a los venezolanos atrapados en la frontera, un detalle que ninguno de los diputados venezolanos tuvo para con su pueblo. Le mandé dos audios a la diputada Gaby Arellano el 24 de febrero, nunca respondió. Le escribí al embajador (e) Calderón Berti el 27 de febrero, me respondió que él no podía hacer nada desde Bogotá y me indicó que contactara al señor Victor Bautista (Director de Frontera-Colombia). El señor Bautista atendió mi primera llamada, me dijo que estaba en una reunión y no volvió a atenderme.

El 28 de febrero, el diputado Miguel Pizarro presentó, ante la Asamblea Nacional de Venezuela, el informe de la Comisión Especial sobre el Proceso de Ayuda Humanitaria. Una victoria autoproclamada. Le escribí al diputado Miguel Pizarro el 1 de marzo, jamás respondió. Lester Toledo, vocero internacional del presidente (e) Juan Guaidó, me respondió por Twitter el día 5 de marzo, renuente a entender las penurias que vivieron sus compatriotas y evadiendo su responsabilidad.

Le escribí al jefe de prensa del presidente (e) Juan Guaidó, Edward Rodríguez, el 5 de marzo, quien me aseguró que le haría llegar mi mensaje al presidente. Algunos amigos contactaron miembros de la AN y otros líderes opositores como: José Luis Cartaya, secretario de la AN, Pedro Leal, jefe de prensa de la AN; Las diputadas Delsa Solórzano y Tamara Adrián; el Concejal Máximo Sánchez; Freddy Villa, prensa Comisión Exterior;

Cipriano Heredia y Lilian Tintori de VP. Nadie respondió. Estaba claro que no había voluntad política para solventar la crisis ocasionada por las falsas expectativas creadas por las mentiras que enmarcaron la supuesta estrategia invencible del presidente (e) Juan Guaidó y su Comisión de Ayuda Humanitaria.

Quiero recalcar que el presidente (e) Juan Guaidó y los responsables del desastre en Colombia, estaban al tanto de la problemática que se estaba desarrollando, desde finales de febrero. Todos ellos decidieron voltear los ojos para otro lado. Conscientemente, decidieron ignorar el problema, esperando que los ciudadanos callaran y que las autoridades colombianas solucionaran.

Lo que describo anteriormente es grave, pero la cereza del pastel me la pusieron el 28 de febrero en Migración Colombia. Un día antes de mi regreso a Estados Unidos, el Sargento Primero Iván Martínez se acercó a mí y me pidió que lo acompañara a él y a su cuñado, Jesús Ramos, un jefe de la PNB, a entregarse a las autoridades colombianas. Me dijo que solo confiaba en mí, ya que me había estado observando todos esos días en Escobal. Yo acepté acompañarlos y estuve presente durante el interrogatorio realizado por la Inteligencia Colombiana. Acompañé a los oficiales hasta migración Colombia.

Al llegar allá, uno de los funcionarios colombianos me apartó y me preguntó si yo trabajaba para el gobierno del presidente (e) Juan Guaidó. Yo respondí: “No, soy una ciudadana venezolana ayudando a dos compatriotas en necesidad”. El funcionario colombiano me preguntó: “¿Dónde están Guaidó y su gente? ¡Aquí no ha venido nadie!

Esta gente llega con mucha reserva y temor, y no hay nadie de su gobierno que los reciba, que los oriente y los asista”. Me dijo más: “Nosotros estamos redireccionando el dinero que necesitamos para trabajar, para poder atender a estos venezolanos.” Yo me quedé asombrada y fue en ese momento, cuando comprendí la magnitud del desastre creado por el presidente (e) Juan Guaidó y la oposición venezolana. Con el corazón destrozado, me despedí de Iván. Luego, al despedirme de Jesús, él me dio un abrazo fuerte y largo. Me susurró al oído: “Le debo mi vida y la de mi familia”. Yo no conseguí palabras para responderle, solo lo abracé tan fuerte como pude.

Escribí nuevamente al embajador (e) Calderón Berti, al jefe de prensa del presidente (e) Juan Guaidó y a algunas personas en Washington y Caracas. El embajador (e) Calderón Berti prometió que manejaría la situación. Edward Rodríguez, Jefe de Prensa, aseguró nuevamente, que le comunicaría mi mensaje al presidente. Todas las personas que contacté respondieron una y otra vez que se estaba trabajando en el asunto y que todo estaría bajo control. Mis amigos contactaron nuevamente a Cartaya, Leal, Solórzano, Adrián, Sánchez, Villa y Heredia. Nada. Yo pedí que me pusieran en contacto con Kevin Rojas y Rossana Barroso, encargados, por el gobierno interino, de la Ayuda Humanitaria in situ, porque los militares me informaban que sus necesidades inmediatas no estaban siendo atendidas y que no recibían dirección clara del presidente (e) Juan Guaidó. No hubo forma de conseguir contacto con estos representantes del presidente Guaidó en Colombia.

En marzo comenzaron los desalojos de los militares. Videos y artículos circularon por las redes sociales, algunos noticieros reportaron en vivo los sucesos. El gobierno del presidente (e) Juan Guaidó negó que hubiese problemas. Decidí entonces comenzar a facilitarle a periodistas conocidos, el contacto con algunos funcionarios. Se publicaron artículos sobre la realidad de los funcionarios venezolanos en Cúcuta, Estados Unidos, España, Francia, Italia y Colombia.

El 13 de mayo, el embajador (e) Calderón Berti, me envió un comunicado donde se establecía que el gobierno interino de Venezuela y el de Colombia, habían acordado desarrollar un esquema de asistencia temporal para los funcionarios venezolanos. Todo muy bonito sobre el papel, como le dije al Embajador: “El papel lo aguanta todo”. El 14 de mayo, el General Yáñez, (de reputación cuestionable, ahora reclutado por el presidente (e) Juan Guaidó y que jamás se interesó por los funcionarios), acudió a la reunión en la que autoridades colombianas presentaron la propuesta oficial del esquema de asistencia temporal. La propuesta no fue consultada con los funcionarios y en ella, se les exigía que desistieran voluntariamente del proceso de refugiado, para poder acogerse a una de dos opciones: 1.- Quedarse en Colombia con un permiso especial de permanencia temporal (PEP), un contrato de arriendo por 250.000 pesos y bono alimenticio de 100.000 peso, por 3 meses. 2.- Salir de Colombia con un salvoconducto y 400.000 pesos.

La noche de mi llegada, conocí personalmente a una periodista venezolana y al señor Fabricio González, precandidato al Consejo de Cúcuta. Fabricio había coordinado la logística para que un médico amigo atendiera a la madre de uno de los militares alojado en el hotel Vasconia. La señora necesitaba atención médica urgente. Doña Miriam Mantilla, madre del Sargento Ángel Blanco Mantilla, tuvo que huir de su casa en Ureña, por temor a amenazas del SEBIN. La pasaron por una de las trochas en silla de ruedas.

No había salido de la habitación donde estaba durante 3 meses. Acompañé a doña Miriam por un largo rato en la emergencia de la clínica, ella lloraba mientras apretaba mi mano. Pienso que no lloraba por el dolor que causaba la sonda. Ella solo repetía: “¿Por qué Guaidó nos hace esto? ¿Por qué Calderón Berti no da la cara?” Gracias a Dios, yo contaba con el dinero necesario para comprar todas las medicinas que el médico recetó esa noche, de lo contrario, no había nadie a quien recurrir.

Los funcionarios en el Hotel Vasconia, han tratado de conseguir, sin éxito, trabajo en supermercados, autolavados, construcciones, etc. Hay aproximadamente 2 millones de venezolanos desplazados en Colombia. ¿Cuántos de ellos habrán podido conseguir trabajo? Los empresarios colombianos no contratan inmigrantes sin papeles y, para complicar aún más el panorama, Cúcuta tiene una alta tasa de desempleo. Sin trabajo y sin asistencia apropiada para atender sus necesidades inmediatas, los funcionarios no tienen ni cómo comprar leche y pañales para sus bebés.

Los funcionarios del Hotel Villa Antigua, en promedio mayores que los muchachos del Hotel Vasconia, están en las mismas condiciones. Cuando los conocí, algunos de ellos confesaron estar arrepentidos de haber creído en el presidente (e) Juan Guaidó. Algunos estaban contentos porque estaban ganando algo de dinero, ayudando a pintar las

instalaciones de ese mismo hotel. Al Hotel Villa Antigua llegaron los funcionarios que desalojaron del Hotel Acora.

Los dos funcionarios que acompañé a entregarse el 28 de febrero: Iván y Jesús, no habían recibido ningún tipo de asistencia por parte de ACNUR o del gobierno venezolano. Jesús nunca recibió el salvoconducto, y estaba caminando hacia Bucaramanga para buscar trabajo, cuando pregunté por él. Otros funcionarios, con quienes había establecido contacto desde marzo, habían dejado los refugios y no tengo información sobre su paradero. Me comentan conocidos, que salieron de Colombia desesperados, esperando encontrar trabajo en otros países.

A más de un mes de haber firmado el documento con las propuestas que el gobierno de Venezuela desarrolló con autoridades colombianas, los militares del Hotel Vasconia no han recibido ni el salvoconducto, ni la cantidad de dinero que se les prometió. El 22 de junio salieron hacia Chile, dos funcionarios con sus esposas y 4 hijitos (2, 3, 5 y 7 años). Ellos decidieron emprender camino como mochileros. Gracias a una donación de mi esposo, ellos hicieron el recorrido hasta Bucaramanga en bus, para no exponer a los pequeños a las bajas temperaturas del Páramo de Berlín. La semana entrante, saldrá otro grupo de militares con sus hijitos. Hay un bebé de 11 meses y la esposa de uno de ellos tiene seis meses de embarazo. En Chile los recibirá el invierno. Fabricio González y Milhi Sánchez han donado abrigos para que los funcionarios y sus familias no lleguen tan desprotegidos a su destino. Yo me pregunto: ¿Dónde carajo está el presidente (e) Juan Guaidó y su gente!?



Que alguien me explique, ¿Cómo es posible que ciudadanos extranjeros como mi esposo y Fabricio González, se preocupen más por los funcionarios venezolanos en Cúcuta, que el “presidente de todos los venezolanos”? Mi esposo, oriundo de Nebraska, EE.UU., no ha reparado en pagar de su bolsillo: renta, comida, uniformes escolares, medicinas y boletos en bus para funcionarios venezolanos y sus familiares. Fabricio González ha conseguido atención médica gratuita y abrigos. El presidente (e) Juan Guaidó no ha mostrado, ni siquiera, la disposición para entender la problemática que él creó y mucho menos ha movido un dedo para aliviar el sufrimiento y las calamidades que nuestra gente está viviendo. Todo esto es increíble, pero aún más insólito, es que después del fracaso

del 30 de abril, el presidente (e) Juan Guaidó, haya tenido la frescura de decir: "calculamos mal el apoyo dentro de las FANB".

Efectivamente, el gobierno del presidente (e) Juan Guaidó, ha manejado muy mal una situación sumamente delicada. Llegué a la conclusión que la jugada de la Ayuda Humanitaria fue una maniobra política. Coincidió totalmente con Christina Bennett, directora del Grupo de Políticas Humanitarias (ODI), en que la subordinación de las necesidades del pueblo a los intereses políticos, fue más que evidente en la iniciativa emprendida por el grupo opositor venezolano.

Los comentarios "off the record" de autoridades colombianas son impactantes. El gobierno de Colombia está muy molesto, es la verdad. Los militares comentaron que el embajador (e) Calderón Berti jamás hizo acto de presencia, jamás los visitó en Cúcuta. Kevin Rojas y Rossana Barroso se reunieron con los militares un par de veces en 3 meses. Ellos prometieron ayudas que jamás llegaron: aportes económicos, artículos personales, comida y pañales para los bebés de los funcionarios. En ningún momento se les comunicó a los funcionarios, qué planes tenía el presidente (e) Juan Guaidó para ellos. Con el pasar de los meses, la incertidumbre ha crecido y los ánimos se han caldeado.

Es cierto que se han presentado algunos incidentes con algunos de los funcionarios venezolanos en Cúcuta. Ahora bien, si el nivel de educación y preparación de algunos funcionarios es cuestionable, es nuestro problema y un reflejo de nuestras fallas como sociedad y como país. Por otra parte, hay que recordar que esos funcionarios respondieron al llamado que hizo el presidente (e) Juan Guaidó. Ellos cruzaron la frontera para apoyar la entrada de la Ayuda Humanitaria, pensando que su Comandante en Jefe tenía algo estructurado en Cúcuta, y confiados en la estrategia invencible que el presidente y los diputados de la Comisión Especial de Ayuda Humanitaria habían comunicado a los cuatro vientos. Sin embargo, es importante no desviar la atención. El comportamiento de algunos funcionarios no es el punto en discusión; sino los graves problemas que se han venido denunciando desde el 23 de febrero: la irresponsabilidad del gobierno de Venezuela al no tener una estrategia para la entrada de la ayuda humanitaria y para los militares, y la falta de voluntad política para asumir los errores y solventar los problemas.

A lo último, se suma una denuncia sobre corrupción hecha por el periodista Orlando Avendaño, PanAmPost, donde se expone el mal manejo de los fondos destinados a brindar asistencia a los funcionarios venezolanos en Cúcuta. Ahora los políticos cacarean "investigación" y pretenden desligarse de los culpables. Los políticos venezolanos no habrán aprendido sus lecciones en estos últimos 20 años; pero el pueblo sí ha aprendido unas cuantas.

El desastre de la Ayuda Humanitaria no debió haber ocurrido; pero pasó. Los dirigentes venezolanos le mintieron al pueblo de Venezuela y a los líderes de países aliados. Se utilizó a civiles como carnada, una vez más. Se utilizó a militares y policías que luego fueron abandonados en otro país. Desde el mes de marzo se han venido escuchando quejas sobre los representantes del gobierno del Presidente (e) Juan Guaidó en

Colombia y se ha escuchado ruido sobre la malversación de fondos. Orlando Avendaño puntualizó en su nota que hace más de un mes el gobierno de Colombia notificó a Leopoldo López y al presidente (e) Juan Guaidó, sobre el “entramado de corrupción de sus emisarios en Cúcuta” y que el Gobierno (e) de Venezuela no había respondido de manera oficial a las autoridades colombianas. Si el presidente (e) Juan Guaidó hubiese tenido la intención de hacer las cosas correctamente, no hubiese esperado verse con la soga al cuello para responder, para “investigar”, y para pedir rendición de cuentas. El “harakiri” mediático de Voluntad Popular es un “show” más. Una maniobra que pretende desdibujar con óleos de inocencia y honor, una desvergüenza imperdonable.

No hay excusas para el presidente (e) Juan Guaidó y los políticos opositores. ¡No las hay! ¿El por qué? Porque yo, una ciudadana sin investidura alguna, sin poder ni recursos, he tenido la voluntad de ayudar a mis compatriotas. Porque yo, estando a más de 3.500 km de distancia, escuché el ruido de las irregularidades en Cúcuta. No perdono la indolencia de los políticos venezolanos y es imposible justificar que el gobierno del presidente (e) de Venezuela no haya tomado cartas en el asunto con prontitud para garantizar que los fondos no fuesen malversados. Nunca les importó que hijos de funcionarios abandonados en Cúcuta no hubiesen tenido leche para su tetero; mientras la nutrida delegación de políticos venezolanos se gastaba miles de dólares cenando, tomando y “discotequeando” en Colombia.

Como venezolana, siento una gran vergüenza con el presidente de Colombia, el señor Iván Duque. Ofrezco disculpas en nombre del pueblo venezolano por el costo político que le está acarreado las mentiras, la irresponsabilidad y la corrupción de los políticos opositores venezolanos. Colombia ha sido generosa y le ha puesto el hombro a una carga social y económica ajena y sin precedentes. Jamás podré olvidar la solidaridad y ayuda que los colombianos de buena voluntad le han brindado a mis compatriotas necesitados. Son tiempos muy difíciles para los venezolanos, confío en que saldremos fortalecidos de esta tragedia.

Hay una canción de Lyle Lovett que traduce: “Ella no era buena, aunque tenía buenas intenciones”. Yo no sé si el presidente (e) Juan Guaidó haya tenido buenas intenciones; lo cierto es que no lo considero un buen presidente. Con sus acciones, Juan Guaidó me ha demostrado no tener garra para frenar la corrupción, ni siquiera de quienes están cerca de él. Me ha demostrado que es un hombre que voltea para otro lado en lugar de asumir y resolver. Me ha demostrado que es un comandante en jefe que abandona a su gente. Me ha demostrado que miente y que no puedo ni debo confiar en él.

Tampoco confío en: Henry Ramos Allup, Julio Borges, Luis Florido, Henri Falcón, Manuel Rosales, Leopoldo López, Antonio Ledezma, por nombrar algunos. No confío en todos los que han participado y siguen participando en “negociaciones” con criminales. No confío en los involucrados y salpicados por Odebrecht y Derwick. No confío en ningún político que esté siendo financiado para hacer “oposición” al régimen, esos sinvergüenzas no tienen incentivo para acabar con la narcotiranía. No confío en quienes prometen y no cumplen. En quienes mienten y encubren. No confío en quienes no exigen ni ofrecen transparencia, ni rinden cuentas. No confío en militares y periodistas que se

dejan reclutar por partidos políticos. No confío en quienes se enriquecen mientras sus compatriotas sufren y mueren.

La oposición venezolana somos LOS CIUDADANOS. Nuestros enemigos son: La corrupción, la incompetencia y la indolencia, ya sea que estén vestidas de rojo o de azul.